

El futuro de las oficinas

1. Según las entusiastas profecías de fines del siglo XX, en el futuro la oficina debía de desaparecer y los trabajadores íbamos a contar con todas las herramientas tecnológicas para trabajar desde nuestras casas: correo electrónico, teléfonos móviles, video-chat, etcétera. Obviamente, los años han pasado y esas herramientas existen, pero las oficinas siguen siendo tan concurridas y necesarias ahora como lo eran hace cien años. Y tal parece que esos espacios de trabajo colectivo seguirán siendo así de necesarios en las décadas por venir. En otras palabras: la oficina es el futuro de la oficina.

2. Además de promover el contacto directo entre los trabajadores (uno saluda, discute y se felicita en vivo y en directo), la oficina provee a los empleados de una serie de recursos e insumos que aún resultan costosos: teléfono, papel, fax, agua, electricidad y, en algunos casos, hasta movilidad. La dependencia de la oficina es sobre todo una dependencia económica. Para quienes podrían tomar la decisión de trabajar desde sus casas (periodistas, abogados, administradores, etcétera), resultaría muy oneroso tener que asumir esos costos sólo para gozar de la ventaja de trabajar en casa. La oficina es, so-

bre todo, una central de beneficios.

3. En Estados Unidos, ese país que parece una enorme colmena de oficinas, el novelista Joshua Ferris, ha tomado nota de las contradicciones en que suelen caer quienes trabajan en oficinas: «Odiamos nuestras tazas de café, nuestros mouse pads, nuestros relojes de escritorio y todo lo que contienen los cajones. Odiamos hasta las fotografías de quienes queremos. Pero cuando nos mudamos a una nueva oficina, a una más grande, y llevamos todo ello con nosotros, hay que ver cómo amamos todo de nuevo». Si el empleado siente hastío en su oficina, el problema no es necesariamente el sitio de trabajo sino lo poco que se hace para darle un toque de novedad.

4. Poco parece haber cambiado en la historia de las oficinas a lo largo de un siglo. Para comprobarlo, basta darse una vuelta por el Museo Nacional de la Construcción en los Estados Unidos, donde una vitrina atesora un objeto que bien podría ser usado ahora mismo: un escritorio de cajones. ¿Qué ha cambiado entonces en las oficinas? El periodista Dan Pink, en un artículo en la revista Slate, reunió dos fotografías para que nos diéramos cuenta de la transformación: una es de la empresa Sears en 1913; la otra,

de SEI investments en 1997. ¿Qué ha cambiado? Pues casi nada. Salvo los trajes actuales y la presencia de computadoras y el hecho de que ya nadie fuma, la oficina moderna sigue siendo ese espacio amplio donde se reúnen cientos de trabajadores para realizar cada uno parte de lo que la empresa requiere.

5. Aunque sí, algo ha cambiado. En la fotografía antigua los escritorios están uno al lado del otro, formando filas larguísimas, de manera que los empleados están digitando sus máquinas de escribir codo a codo. Bastaría girar un poco la cabeza para enterarse de qué es lo que está haciendo el compañero del costado o qué es lo que no está haciendo. En la imagen moderna, mientras tanto, los escritorios están dispuestos (en diagonal, espalda con espalda) de tal manera que el trabajador ha dejado de ser un espía y ahora goza de cierto aislamiento. Puede concentrarse. Puede olvidarse del resto. Puede producir más. El cambio es sutil, pero trascendental. En la historia de la oficina, es evidente, las transformaciones son pequeñas, pero pueden tener grandes consecuencias. Piense en ello y, a continuación, cambie de lugar su mesa de trabajo. ■